869.308
Ed 41
no. 42+43

NROS. 42 Y 43

EDICIONES MINIMAS
CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS
Director: Leopoldo Durán

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

JARDINES DE FRANCIA

VERSIONES DE:
Baudelaire, Fort, Guerin, Heredia, Jammes, Moréas, Maeterlinck, Mazade, Mikhael, M. de Noailles, Raynaud, Rollinat, Rodenbach, Régnier, Samain, Sevérin, Saint-Pol-Roux, Verhaeren, V. Griffin, Vivien, Vaucaire, Verlaine.

The Library of the
JUN 28 1982
University of Illinois
at Urbana-Champaign

BUENOS AIRES
1919

JUICIOS Y OPINIONES ACERCA DE LAS EDICIONES MINIMAS.

El cantar de los cantares.

Ha aparecido el cuaderno N.o 41 de esta pequeña colección, dirigida por don Leopoldo Durán, conteniendo los cánticos del rey Salomón, dramatizados por Jean de Bonnefón y la versión castellana del poema, de Cipriano de Varela.

Don Francisco María de Arouet negó siempre la real paternidad a los sensuales versículos, no exentos para su agudo espíritu, de irreparables defectos. Por lo demás, no obstante su respetable ubicación en la Santa Biblia, el libro de los cantares fué atribuído por Grocio a un libertino...

Nosotros, muy lejos de compartir semejantes opiniones, hemos aspirado en la reconstrucción dramática de Bonnefón, el cálido perfume del férvido cantar y hemos tenido la turbadora visión de la Sulamita.

Poema de amor y de pasión, gana en la forma dramática a que lo ha trasladado Bonnefón, en movimiento y realidad, despojándose de esa recia armadura de su dogmática alegoría, que ahogaba siempre la emoción despertada por sus ardientes imágenes.

La milenaria égloga hebráica desarrollada en el argumento de Bonnefón, se torna más comprensible, y no pocos han de agradecer esto al autor, por cuyo esfuerzo cesarán sus cavilaciones, respecto a esta canónica iglesia, cuyo solo nombre se derrama como un ungüento voluptuoso. *La Fronda.* Buenos Aires, 23 de octubre 1919.

*
* *

(De una carta a L. D.)

...Recibo sus cuadernos. De los últimos, muy buenos los de Bernard Shaw y Remy de Gourmont. Siempre me parecieron admirables las glosas de este último, aunque no sea un autor oportuno para mi espíritu eternamente ansioso de una firmeza y una fe que no encuentro. Me place su labor de crítico, pero mi corazón rara vez pudo abrevar en sus ideas y conceptos. Me resulta un escritor negativo.... *Andrés Terzaga.* Río Cuarto (Córdoba), septiembre de 1919.

*
* *

(De una carta a L. D.)

... La inquietud de su espíritu ha dejado pocos rincones por investigar, pocos manjares que no haya saboreado... Yo le agradezco esta amable constancia, que me proporciona cada tanto tiempo unas horas de amable solaz... *Ernesto Mario Barreda.* "La Nena", Garín, F. C. C. A. Setiembre 2 de 1919.

*
* *

El cantar de los cantares.

... El "Cantar de los Cantares" forma parte del Antiguo Testamento, y ha sido objeto de grandes comentarios y de estudios críticos, siendo uno de los puntos más atacados de la Biblia, donde chocan los partidarios de lo sobrenatural, contra las teorías de los racionalistas.

La trama se desarrolla alrededor de la Sulamita, doncella que ha sido comprada por los enviados de Salomón para su serrallo, mas ella se inclina por un pastor del cual ha sido amante.

Con este motivo se suscita un diálogo entre la Sulamita y el rey, diálogo bello en partes, pesado en otras, debido esto último a metáforas y figuras, algunas incomprensibles y explicables tan sólo por la ardiente imaginación oriental.

Esta obra tiene un fin laudable y moral; él está en las últimas palabras que la Sulamita dirige a Salomón:

"Cuando el hombre quiere comprar el amor con el precio de sus riquezas, el amor lo menosprecia como si el hombre no hubiese dado nada". *La Razón.* Buenos Aires, 22 octubre 1919.

JARDINES DE FRANCIA. Versíones poéticas de Enríqve González Martínez.

EDICIONES MÍNIMAS.
BVENOS AIRES. MCMXIX.

Enrique González Martínez nació en México, país en el cual reside. "Este poeta, — decía Pedro Henríquez Ureña, en 1915 — a quien tributan homenaje íntimo las almas selectas de su patria, llegó a la capital hace apenas cuatro años. Le acogieron, con solícito entusiasmo, los representantes de la tradición, en la Academia; los representantes de la moderna cultura, en el Ateneo. Traía ya cuatro libros; el cuarto, *Los senderos ocultos,* admirable. Venía de las provincias, donde pasó la juventud". Ahora lleva publicados tres libros más: *La muerte del cisne, El libro de la fuerza, de la bondad y del ensueño,* y *Parábolas y otros poemas,* los mejores, sin duda alguna, de este lírico que no ha terminado aun su evolución y que tiende a superarse siempre, incorporando a sus cantos nuevos matices de expresión y afinando constantemente su sensibilidad en la percepción de motivos sugerentes. Alternando la producción de sus concepciones propias, ha traducido en versos castellanos algunas piezas de la poesía francesa contemporánea. *Jardínes de Francia* titúlase el volumen que las contiene, y representa la suma de una labor singularmente feliz, realizada sin aparente esfuerzo. Verhaeren y Samain, poetas desemejantes si los hay, han sido interpretados y traducidos con una comprensión y fidelidad cabales. Solamente un gran poeta como Enrique González Martínez no podía vacilar ante el arduo propósito tan bellamente cumplido.

LA GIGANTA

(CHARLES BAUDELAIRE)

Allá cuando la Tierra, con numen poderoso,
engendros concebía de magnitud que espanta,
yo estar querido hubiera al pie de una giganta,
como a los de una reina un gato voluptuoso.

Mirar desenvolverse su juventud tranquila,
verla crecer magnífica entre monstruosos juegos,
adivinar de su alma los escondidos fuegos
tras de las nieblas húmedas de su vasta pupila.

Recorrer a mi antojo sus formas esplendentes,
de sus piernas titánicas trepar por las pendientes,
y cuando se tendiera rendida en la campaña,

en estivales días de ardor y lumbre llenos,
dormir bajo la sombra de sus enormes senos
cual plácida aldehuela al pie de una montaña.

DE "BALADAS DE LA CABAÑA"

(PAUL FORT)

ESTA muchacha ha muerto, ha muerto enamorada.
A enterrar la llevaron hoy en la madrugada,
y la han dejado sola, sola y abandonada.
En el féretro, sola, la dejaron cerrada.

Gozosos regresaron a la nueva alborada
y uno a uno cantaron alegres melodías:
"Esta muchacha ha muerto, ha muerto enamorada".
Y se fueron al campo como todos los días...

DEL BORDE DEL CAMINO...

(CHARLES GUERIN)

DEL linde del camino esa vieja es la hermana.
Angulosa y austera, inmoble y amarilla,
un rosario de hierro lentamente desgrana;
los sueldos del viandante bailan en su escudilla.

Sus blancos ojos fingen lámparas funerarias
turbias bajo el profundo arco de las ojivas,
y sus labios enjutos, al decir sus plegarias,
crujen como dos hojas secas y fugitivas.

Cuando cansado cruzo el vesperal paisaje
y a mis hogares torno tras de la diaria brega,
la equidad del acaso me conduce al paraje
donde sus lloros lanza, bajo la cruz, la ciega.

Y me paro, y absorto mi corazón se queda;
mi propia alma contemplo frente a mí, cual cercana
aparición, y digo: allí va una moneda;
ruega por mí que vivo sin amor, pobre anciana!...

EL ARRECIFE DE CORAL

(J. M. DE HEREDIA)

El sol bajo los mares, cual misteriosa aurora,
alumbra el bosque espeso de abisinios corales
que mezcla bajo tibias honduras de cristales
la vigorosa fauna con la viviente flora.

Algas, musgos, anémonas, erizos que colora
el yodo y que se impregnan de las marinas sales,
cubren de obscura púrpura en dibujos triunfales
el fondo tapizado de blanca madrepora.

Amortiguando el brillo de su escama esplendente,
un pez enorme el bosque cruza indolentemente
luciendo remos áureos de llameante gualda,

y de aletazo brusco al golpe repentino,
por el cristal opaco, inmoble y azulino
corre un temblor de oro, de nácar y esmeralda.

LA JOVENCITA ENFERMA

(FRANCIS JAMMES)

La jovencita, un poco enferma, me sonríe
y me pregunta: ¿es cierto?
Ella es muy inocente, y lleva una argollita
plateada en el dedo.

Miro cerca, muy cerca de mí su cuerpo endeble,
me inclino sonriendo
e interrogo: ¿Qué dice la madre superiora?
¿ya no está en el convento?

He sabido—responde—que ha poco la cambiaron
—o algo que no recuerdo—,
y al hablar, la chicuela parece de una rosa
el botón entreabierto.

—Usted—dice—... Y no acaba la interrumpida frase
y guardamos silencio.
—¿Se siente usted acaso peor que en otros días?
—le pregunto muy quedo.

—No; me duelen un poco los brazos esta noche...
—No es nada—le contesto—;
se ve mejor.—Y ríe en sus ojos un rayo
luminoso y discreto.

La enfermita parece la muñeca de un niño
—de algún niño opulento—.
Es delgada y, no obstante, bajo su chal comienza
a dibujarse el seno.

HABLA UNA JOVENCITA

(JEAN MOREAS)

Te ama tanto — los hinojos
dijeron — que por tus ojos
vive; volverá; no llores...
—¡Hinojos aduladores!—
¡Dios tenga piedad de mí!

Dijeron las margaritas:
—¿Por qué confiaste tus cuitas
a su corazón cobarde?...
—¡Ay, margaritas, es tarde!—
¡Dios tenga piedad de mí!

Y la salvia: no le esperes;
en brazos de otras mujeres
goza muy lejos de aquí...
—¡Triste salvia, a mis cabellos
ven para trenzarte en ellos!
¡Dios tenga piedad de mí!

LAS SIETE HIJAS DE ORLAMUNDA...

(MAURICE MAETERLINCK)

Las siete hijas de Orlamunda
cuando el hada estuvo muerta,
las siete hijas de Orlamunda
corren a buscar la puerta.

Abren torres; una lámpara
cada cual lleva encendida;
cuatrocientas salas abren
sin encontrar la salida.

Bajan entonces las siete
hasta el sótano sonoro,
y en una puerta cerrada
hallan una llave de oro.

Ven el mar por las rendijas.
sienten miedo de morir,
tocan la cerrada puerta
y no se atreven a abrir.

EL INFIEL

(MAURICE MAETERLINCK)

Por acaso, si vuelve un día,
¿qué le contaré?
—Contaréisle que hasta la muerte
siempre le esperé.

—¿Y si no me conoce, y sigue
inquiriendo más?...
—Contestadle como una hermana;
él sufre quizás.

—Si pregunta por vos, ¿qué cosa
hay que contestar?
—Le daréis mi anillo de oro
sin decirle más.

—¿Si pregunta por qué se halla
la sala desierta?
—Enseñadle extinta la lámpara
y la puerta abierta.

—¿Si sobre el instante postrero
quiere preguntar?
—Respondedle que he sonreído...
¡No vaya a llorar!...

TRISTEZA DE SEPTIEMBRE

(EPHRAIM MIKHAEL)

Cuando al viento de otoño sollozan las encinas,
no sufro yo la angustia por la estación ausente,
sino el horror de nuevas floraciones vecinas.

Por el abril futuro mi corazón resiente
su duelo, y por vosotras, oh selvas condenadas
a enverdecer, un año tras otro, eternamente!

Siglos y siglos vuelven las mismas alboradas;
son los mismos trigales y son las mismas flores
sin variación abiertas y luego deshojadas.

Los mismos son los vientos suaves o bramadores,
el mismo olor de hierba cuajada de rocío,
y hasta los mismos besos y los mismos dolores.

Ahora, ya los bosques van a dormir, al frío
de la glacial ventisca, en calma pasajera;
mañana, sobre el llano aterido y sombrío,

y de los lagos gélidos que cubren la pradera
sobre el blancor monótono, al resonar la hora,
volverá tu implacable fantasma, primavera...

¡Oh, la estación no vista, oh, la soñada aurora!...

LAS PALILIAS

(FERNAND MAZADE)

DESDE el alba dejamos los rediles vestidos
de lienzos ondeantes y ramajes floridos.

Flavia, de pies desnudos y bellos, presurosa
regó ramas de boj, helianto y laurel rosa.

Tras de tañer alegres la flauta pastoral,
los umbrales mojamos con un agua lustral,

y llevó luego Flavia, de bellos pies desnudos,
a abrevar los cabritos barbados, ya cornudos.

Presto expondrá los viejos machos a la lumbrada
que sube retorciéndose de la salvia inflamada.

A buscar las ovejas irá por los atajos
y a frotarles la lengua con pan untado de ajos;

y luego que descienda la noche a la floresta,
nos pondremos, ¡oh Pales! los vestidos de fiesta.

Flavia me dará el vaso de color azulino,
y yo arrojaré al fuego en dos partes el vino.

Y para quedar puros de manos y palabras,
no sacrificaremos ni terneras ni cabras.

Y solamente, diosa, te ofrendamos, por eso,
nueces y leche tibia, fresas del bosque y queso.

Acoge nuestros sanos aunque modestos dones
y aparta de nosotros las lúgubres visiones.

Si mis cabras la hierba de una tumba han violado,
si a sacra tierra un día dirigí mi ganado,

si temerario o torpe mi grey he conducido
al vergel de algún templo campestre derruído,

si a las ninfas, acaso, asustó mi presencia,
sé benigna y perdona, ¡oh Pales! mi imprudencia.

Aleja de nosotros las pestíferas fiebres
y llena de corderos mis hatos y pesebres.

Oree el sol benigno el agua de los prados
y mis enormes quesos de los zarzos colgados.

Haz que la lana abunde y que yo la recoja
más blanca que la nieve, más fresca que la hoja.

Que cuando Flavia corra al mercado vecino
a venderla, se tope al joven libertino

que, porque ella es hermosa y huele a mejorana,
la requiere de amores... pero le compra lana.

IDOS, DEJADME A SOLAS...

(CONDESA MATHIEU DE NOAILLES)

Idos, dejadme a solas con los muertos; reposa
la muerte bajo el polvo, la mañana es hermosa;
tiene el aire perfume de pensiles y huertos;
los muertos, para el resto de la vida, están muertos.
Este cuerpo ondulante,al pasar de los días,
tendrá su frente calva y sus cuencas vacías,
y he de hundirme en el sueño solitario y profundo
yo que no dormí sola ni una vez en el mundo.
Todo lo que se extingue y todo lo que cesa,
las ávidas pupilas y la boca que besa,
serán silencio mudo y sombra entenebrida,
mientras que ya la verde primavera florida
sube empapada en savia, en oro y en rocío.
¡Tener un rebosante corazón como el mío
de ensoñación y anhelos, de afán y de esperanza,
y no sentir el ósculo de la aurora que avanza!
¡Ser el tiempo inmutable bajo el letal reposo!
Otros vendrán dispuestos al placer jubiloso;
parejas juveniles cantarán sus amores
contemplando las mieses, los campos, las labores,

de la estación que vuelve la color delicada...
y yo estaré ya muerta, y yo no veré nada.
Me será extraño el goce de mi vivir activo;
y todos los que lean en los versos que escribo
el afán de mis ojos y el ardor de mi mente,
vendrán hacia mi sombra luminosa y riente,
mas vendrán con el alma de desaliento herida
porque tiene mi polvo más calor que su vida...

EL REGRESO

(ERNEST RAYNAUD)

DULCE ciudad, te veo. Diez años viví ausente.
Aquí bajo las frondas de tu arboleda obscura,
jugué con otros niños en una edad más pura,
libre de todo duelo y de mi mal presente.

Una acogida tibia y un rostro indiferente
me dan aquellos pocos cuya amistad perdura,
y bríndanme tan sólo su ofrenda de ternura
las cosas, que no tienen la infamia de la gente.

La calle donde el río ya se deshincha o sube
según va la marea, bajo la parda nube
aún teje sus ramajes y da camino llano.

Agítanse las hojas al soplo de la brisa,
y, a veces, levantándose de la noche indecisa,
un olvidado sueño me coge de la mano.

LA BIBLIOTECA

(MAURICE ROLLINAT)

Como un añoso bosque era el recinto quieto.
Trece lámparas férreas, oblongas y espectrales
lanzaban noche y día sus luces sepulcrales
sobre los viejos libros henchidos de secreto.

Al penetrar sentíame tembloroso e inquieto;
me soñaba entre brumas y estertores mortales;
me tendían sus brazos trece blancos sitiales;
trece grandes retratos me lanzaban su reto.

Una noche a las doce, desde la alta ventana,
veía el bailoteo en la sombra lejana
del fugitivo duende que en el foso se agita;

cuando turbóse mi ánima y mis miembros temblaron;
trece campanillazos del péndulo sonaron
en el silencio horrible de la sala maldita.

EL ENFERMO, A MENUDO...

(GEORGES RODENBACH)

El enfermo, a menudo examina sus manos
pálidas, y que tienen ademanes benignos
de unción y sacerdocio, ya sin rasgos humanos;
y las consulta, y mira sus flacos dedos, signos
más seguros que el rostro, de su estado y sus penas,
con su marfil enjuto y sus delgadas venas.

Sobre todo en la tarde, él las mira bañadas
por la luz del crepúsculo, el otoño del día,
y ve en aquellas manos por el mal afiladas,
cual si se prolongara fuera de él su agonía.
Manos que son más pálidas cuando la noche asoma,
que se aman y buscan en un constante anhelo;
ellas tienen friolentas blancuras de paloma,
y, leves, se diría que van a alzar el vuelo.
Sobre el aire dibujan sus fantásticas huellas
cual si por la ventana un rayo de la luna
de nuevo se filtrara a posarse sobre ellas.

¡Qué pálidas entrambas! El enfermo delira
rememorando aquéllas de los tiempos lejanos,
y no las reconoce por suyas, y las mira
cual niño que contempla en el agua sus manos.

Ve después en el mudo espejo sin memoria
—cristal que reconcentra su agua obscura un instante—
sus manos que se hunden cual pareja ilusoria;
¡oh, la fuente obstinada y voraz, triste lago
en que sus manos sigue en un recuerdo vago,
par blanco que se pierde cual si fuera un reflejo
mientras que se consume el agua del espejo!
Y piensa que muy pronto ya no podrá en su viaje
seguirlas con los ojos cuando la noche baje
hasta el agua profunda del espejo extinguida...
y ¿no es, acaso, verlas morir, en esa huída?...

SOBRE LA PLAYA

(HENRI DE REGNIER)

ACUÉSTATE en la playa y recoge en la mano
para dejar que escurra después, grano por grano,
la hermosa arena rubia que el sol hace de oro;
cierra luego los ojos, mas antes ve el sonoro
mar que la orilla besa, y el cielo transparente,
y cuando, poco a poco, sientas que dulcemente
no queda peso alguno en tu mano ligera,
abre otra vez los párpados; pero antes considera
que nuestra propia vida toma y devuelve activa
a las eternas playas su arena fugitiva.

LA VOZ

(HENRI DE REGNIER)

Yo no quiero que nadie se acerque a mi tristeza,
ni tus pasos amigos, ni tu rostro adorado,
ni tu mano que toca con lánguida nobleza
la perezosa cinta y el volumen cerrado.

Déjame; que mi puerta a nadie se abra ahora,
ni al viento matutino dé paso mi ventana;
está cansado y triste mi corazón, y llora
sobre un mundo sombrío y una existencia vana.

Mi tristeza me viene de una región distante,
más allá de mí mismo; es una cosa ajena,
y todo hombre que ame, que sonría o que cante,
en voz baja la escucha cuando la hora suena.

Y algo se agita y mueve en la conciencia obscura,
se despierta y expande en el alma dormida,
a esa voz apagada que al oído murmura
que es ceniza en su fruto la rosa de la vida.

EL REPOSO

(HENRI DE REGNIER)

APAGA, visitante, esa antorcha importuna
y no al suelo la flama inclines. Has creído
que sus gotas de fuego que caen una a una
reanimarán el polvo en que ayer he vivido?

No. Si la misma losa, ante la chispa vana
cediera un solo instante en su dureza fría,
y si en mi noche triste, insensible y lejana
surgiera nuevamente la claridad del día,

¡oh, caminante! ¿piensas que iba mi polvo yerto
que libertó la parca y en la quietud reposa
a renunciar al goce divino de haber muerto
y a dar por nueva vida su noche tenebrosa?

No obstante, fuí dichoso. Amor dejó sellada
mi boca con su boca en más de un beso ardiente,
y entretejió la gloria con mano delicada
lauros para mi nombre, antes para mi frente.

Mas dejan en el alma como un resabio triste
cada feliz instante, cada divina hora,
y aquí ya nada espero, y para mí no existe
la vuelta de la noche ni el paso de la aurora.

Que el generoso día o la inquietud nocturna
den a los vivos lloro o goce apetecido;
¿qué importa al que en cenizas aduérmese en la urna
bajo el pesado mármol e inquebrantable olvido?

Por eso ni tus pasos, tu vista, ni la ardiente
antorcha, ni tu labio que en alta voz me nombra
darán un sobresalto a mi paz impaciente
¡oh, tú que aquí has venido para evocar mi sombra!

Aunque tu propia mano, piadosa en su rudeza,
quebrara el fuerte gozne, rompiera el bronce duro,
¡Amor! y aunque tu tierno semblante y tu belleza
viera asomar de nuevo sobre mi asilo obscuro.

LA ESPERANZA SUPREMA

(HENRI DE REGNIER)

Qué importa que en la tumba de rincones desiertos
donde eres ya tan sólo un muerto entre los muertos
no detenga sus pasos la turba presurosa
por enhiesta pirámide o por urna pomposa,
y ni macizo bronce ni mármol deslumbrante
atraigan las miradas de incierto caminante
ni la de aquellos hombres que al destino inminente
ofrendan homenajes y doblegan la frente?
Que los que amen el fausto eleven hasta el cielo
sobre su muerto polvo monumentos de duelo.
Responde: ¿No te basta el saber que reposas
bajo el ciprés agudo que entretejen las rosas?
Si nunca a tu sepulcro se llega un visitante,
¿no es mucho que en las frondas un pájaro te cante?
Y ¿qué importa que un día, de la sencilla piedra
corroída de musgo y ataviada de hiedra,
borre tu nombre el tiempo, si en el paraje mudo,
Amor — divina sombra — posa su pie desnudo?

LA RANA

(ALBERT SAMAIN)

Va a recoger un fruto de la hierba que pisa
Cloris, cuando, de pronto, una rama divisa
medrosa y diminuta que ante el amago fiero
súbita se distiende cual resorte de acero.
En un rápido impulso, abre y cierra las patas,
brinca por los fresales, se escabulle en las matas,
y a sus hermanas busca que en la quieta laguna,
husmeando el peligro, se echaron una a una.
Van diez veces que Cloris, en la caza animada,
la cogió con la mano bruscamente cerrada;
pero más diestra que ella, al sentir que la pilla,
de los dedos diez veces se escapó la ranilla.
¡Al fin, Cloris la tiene! ¡Cloris canta victoria!
¡Cloris, de azules ojos, de su madre es la gloria!
Bajo el sombrero amplio, ríe su gracia al cielo,
y su melena rubia, como doble arroyuelo
cubre de velos áureos sus mejillas, y evoca
la más clara sonrisa sobre la fresca boca.
Ella curiosa observa; se estremece un instante
al contacto del cuerpo helado y palpitante;
la rana mira y tiembla; la mano se aventura,
y Cloris tiene lástima de la débil criatura
cuando latir de espanto entre los dedos siente
aquel corazoncillo apresuradamente.

TARDE

(ALBERT SAMAIN)

El ángel de la tarde pasa sobre las flores...
La Dama del ensueño canta su melodía
al órgano, y el cielo, al apagarse el día,
prolonga una agonía de exquisitos colores.

En el balcón las vírgenes beben brisas y amores.
El ángel de la tarde va por el alma mía...
Sobre rosas y vírgenes, desciende lenta y fría
una lluvia adorable de nevados blancores.

En el jardín se inclinan las rosas lentamente;
yerra el alma de Schumann, y al cruzar el ambiente,
dice cosas muy vagas de una incurable pena...

No sé dónde, una niña, va a morir, dulce y buena...
Alma, pon un registro en tu libro de horas;
va a recoger el Angel el ensueño que lloras.

PANNYRA

(ALBERT SAMAIN)

Un silencio ha cruzado por el salón sonoro...
Sale a bailar Pannyra, de talones de oro;
un manto de mil pliegues la cubre toda entera.
Con argentino trémolo, la flauta es la primera
en invitarla; baila, entrecruza sus pasos,
y al lento movimiento que le imprimen sus brazos
un caprichoso ritmo por la veste circula,
que se ensancha y se infla, que se ahueca y ondula
en rudo torbellino o en nube vaporosa...
¡Y Pannyra ya es flama, ya flor, ya mariposa!
En silencio, ante el éxtasis de las miradas pasa;
el furor de la danza la conturba y abrasa;
gira más y más rápida entre el atento coro;
casi apaga su túnica las antorchas de oro...
Súbitamente párase la bailarina; queda
inmóvil, y la veste, que en espiral la enreda,
al suspender los giros, pliega sus velos blancos
sobre los senos túrgidos y los pulidos flancos,
y muestra, como un agua leve, tranquila y muda,
en divino relámpago, a Pannyra desnuda!...

EL ALMUERZO PREPARADO

(ALBERT SAMAIN)

Hija mía, levántate, pues que el amo ya vino;
deja lana y aguja; en la mesa de encino
que recubren manteles de repliegues albeantes,
pon la clara vajilla y los vasos brillantes.
Sobre hojas de parra y en la redonda fuente
de asa en cuello de cisne, coloca diligente
los duraznos de virgen terciopelo forrados,
y racimos azules con racimos dorados.
De pan cortado hinche las canastillas; deja
la puerta bien cerrada; que no quede una abeja.

Afuera, el sol abrasa, y reverbera el muro;
entorna las ventanas, y todo quede obscuro
para que bajo el manto de la sombra la oliente
mesa llena de frutos embalsame el ambiente.
Baja por agua al patio, y cuida de la roja
cantarilla de barro que el agua fresca moja,
guarde por largo tiempo, lentamente fundido,
en sus helados flancos el vapor suspendido.

XANTHIS

(ALBERT SAMAIN)

Al matutino fresco treme la hierba fina;
en un vapor ligero se envuelve la colina,
y de árbol en árbol, en las ramas cortadas,
lanzan su intacto brillo las hierbas irisadas.
Xanthis, cabe la onda que arruga el aire agreste,
ya dejó las sandalias y se quitó la veste,
y apoyada en el tronco de un abedul, se inclina
para pedir su imagen al agua cristalina.
Cae su trenza a un lado desde el cuello hasta el anca,
y, blanca, ella sonríe a aquella imagen blanca...
Admira sus pulidas caderas, la hermosura
de sus brazos, del seno, de la estrecha cintura,
y su mano que anima una noble decencia,
cubre con velo púdico su joven inocencia.
De pronto, lanza un grito la selva estremecida;
tiembla de miedo Xanthis como la corza herida,
y es que miró en los fieles espejos de la onda
al sátiro cornudo que lascivo la ronda.

PENSADOR, LA HERMOSURA...

(FERNAND SEVERIN)

PENSADOR, la hermosura del bosque en primavera
sobrecoge tu espíritu hoy por la vez primera
y la tierra te embriaga con su aroma sutil...

Trascurrieron tus días en meditar en vano
el enigma del hombre ante el destino humano,
y sobre el libro, pálida, tu frente cayó al fin.

¿Y qué? Guarden los dioses la verdad escondida,
y goza sin resabios, mientras pasa tu vida,
la dulzura que encierra la palabra: vivir...

GOLGOTA

(SAINT-POL-ROUX)

Con sus velos más tristes, el nublado horizonte
se crispa sobre el drama universal del monte,
y lanzas triangulares con su brusco perfil
sobre el asta simulan la lengua de un reptil.

Clavado entre dos lobos de humanado semblante
y como fresco trozo de carne palpitante,
agoniza el Cordero, a la cruel embestida
del odio, aquel que daba su mansión y su vida.

Jesús bala un perdón supremo en la tormenta
en que cruje y rechina su estrujada osamenta;
mas la sangre purpúrea que de su frente llora,
sus angustias divinas de corales enflora.

Judas, siniestro sapo con humano atavío,
bajo un árbol clemente mece un dolor tardío,
y se dice que arriba han muerto los luceros
para no parecerse a los treinta dineros.

EL ARBOL

(EMILE VERHAEREN)

SIEMPRE solo,
que el verano lo arrulle, que el invierno lo ultraje,
aterido su tronco o en verdor su ramaje,
al través de los días de saña y de ternura,
él impone su vida enorme y soberana
a la llanura.

Ve las mismas praderas hace cien y cien años
y las mismas labores y los mismos rastrojos;
los ojos ya cerrados por la muerte, los ojos
de ancianos que se fueron,
fibra por fibra vieron
rugarse su corteza y anudarse sus ramas.

Él presidió tranquilo y fuerte sus trabajos;
sobre su pie velludo les dió lecho musgoso
donde abrigar la siesta bajo el sol ardoroso,
y brindó sombra pía
a los mozos de antaño que se amaron un día.

En vecinas aldeas, al rayar de la aurora,
se vaticina el tiempo según que canta o llora;
él conoce el enigma de las nubes en vuelo,
del sol que refunfuña tras el brumoso cielo;
es el pasado en pie sobre la vega triste,
y cualquiera que sea el recuerdo clavado
que en su seno persiste,
cuando termina enero
y la savia gloriosa circula y se derrama
en las yemas recientes, en el tronco, en la rama,
—brazos que se retuercen, labios en crispatura—
él arroja a los campos su gran grito que clama
a la vida futura.

Hebras de luz benigna y de lluvia clemente
préstanle ayuda y forman la trama del follaje,
y contrae sus nudos y alisa su ramaje
y alza al vencido cielo más enhiesta la frente;
tan a lo lejos hurgan sus raíces porosas
que agotan largo trecho las tierras pantanosas,
y se detiene a ratos para ver asombrado
aquel trabajo mudo, profundo, encarnizado.

Mas para desplegarse y reinar en su alteza
¡oh, los crueles inviernos, oh, las batallas duras!
las espadas del aire que rasgan la corteza,
el chocar de los cierzos, la rabiosa ventisca,
las escarchas que fingen ásperas limaduras,
el odio desatado, en la contienda brava,
los granizos del este y las nieves del norte,
el hielo blanco y triste cuyo diente se clava
hasta la albura, el noto que las ramas desfibra,
todo furor que tuerce, todo dolor que vibra,

sin que jamás pudiera
el fragor de la lucha apagar un instante
aquel anhelo insomne de su vida pujante
por alzarse más noble en cada primavera.

Cuando en octubre triunfa el oro en su follaje,
con paso largo aún, mas inseguro y lento,
he emprendido a menudo el prolongado viaje
hacia el árbol que cruzan el otoño y el viento.

Cual gigante brasero de frondas y de llamas
se elevaba sereno bajo el cielo impasible,
y millares de espíritus entre sus ramazones
coreaban arrullos y entonaban canciones.

Yo iba hacia él, los ojos inundados de lumbre,
lo tocaban mis dedos, lo estrujaban mis manos,
sentía conmoverse su inmensa pesadumbre
en la tierra profunda,
con estremecimientos enormes, sobrehumanos.

Apoyaba en el árbol mi pecho jadeante
con un amor tan vivo, con un fervor tan hondo,
que su ritmo profundo y su fuerza incesante,
del corazón en ansias me llegaban al fondo.

Y me asociaba entonces a su vida amplia y bella,
formaba parte suya cual si fuera una rama.
Espléndido se erguía al sol como un ejemplo.
Yo amaba con más fuerza tierras, bosques y ríos
y la desnuda vega por do pasan las nubes;

yo me sentía firme y audaz contra la suerte,
mis brazos anhelaban estrechar el espacio;
el cuerpo era más ágil, el músculo más fuerte.

Grité: "la fuerza es santa;
es preciso que el hombre sepa grabar la planta
ruda sobre la senda del designio preciso.
Ella tiene la llave que guarda el paraíso
y es de su mano púgil el franquear la puerta".
Besé el tronco nudoso con viril energía,
y cuando ya la noche del cielo descendía,
me eché a correr sin rumbo por la campiña muerta,
llevado por las alas de un afán inconsciente,
con gritos que surgían del corazón demente.

EL BARQUERO

(EMILE VERHAEREN)

Va remando a dos manos el barquero
en larga lucha contra las corrientes...
Lleva una verde caña entre los dientes.

Mas la que lo llamaba
allá, tras de las olas,
cada vez en más vaga lejanía,
retirarse entre brumas parecía.

Con sus abiertos ojos, las ventanas
y el reloj de la torre, contemplaron
su esfuerzo y su coraje,
plegarse en dos el torso, y contraerse
sus músculos en ímpetu salvaje.

Un remo se quebró súbitamente...
Hacia la mar con sus pesadas ondas
lo arrojó la corriente.

Aquella que de lejos lo llamaba
entre brumas y vientos, parecía
tender más triste los orantes brazos
hacia el que no venía.

Con el restante remo
se puso a trabajar en un supremo
esfuerzo; mas fué tanto,
que en el alma sintió fiebre y espanto.

El timón se rompió súbitamente...
La ya inútil astilla hacia los mares
arrojó la corriente.

Y sobre la ribera, las ventanas
con sus ojos enormes y febriles,
y los cuadrantes de las torres, viudas
de milla en milla enhiestas a la vera
de los ríos, miraban fijamente
al hombre loco en su furor salvaje
de prolongar el insensato viaje.

Aquella que de lejos lo llamaba,
entre las nieblas sin cesar gritaba,
la faz hórridamente dirigida
hacia la inmensidad desconocida.

Cual si fuera de bronce, aquel barquero
firme ante el huracán sañudo y fiero,
con el único remo entre las manos
golpeando las ondas proseguía,

y sus pupilas de mirar intenso,
viejas y alucinadas,
miraban la brillante lejanía
desde donde surgiera
la eterna voz bajo la racha fría.

Quebróse el otro remo de repente...
Como una leve paja, hacia los mares
lo arrojó la corriente.

El barquero dejó caer las manos;
se desplomó sobre la barca, triste,
desfallecido por esfuerzos vanos.
Un choque brusco hizo virar la nave,
y volvió atrás los ojos... ¡Ni siquiera
había abandonado la ribera!

Ventanas y cuadrantes
con beatíficos ojos deslumbrantes,
la ruina de su afán fueron mirando;
mas el viejo rival de las corrientes
guardó tenaz, Dios sabe para cuándo,
la misma verde caña entre los dientes.

EL MIEDO

(EMILE VERHAEREN)

Por llanos de mi miedo que al norte se convierte,
viejo pastor de inviernos en su bocina toca,
de pie, cual la desgracia, y hacia el redil convoca
a los diseminados rebaños de la muerte.

Cimenté los establos con mi remordimiento
en sitios donde vuelan las tristezas en torno,
y donde, circundado de menta y de viborno,
retuerce su camino arroyo macilento.

A golpes, con carneros de pieles leonadas,
entran ovejas negras de roja cruz marcadas
— lentas culpas — de mi alma trémula en el redil;

el viejo pastor lanza su toque de tormenta.
¿Qué relámpagos mira mi ser para que sienta
esta tarde mi vida tanto miedo de mí?

ASÍ HABLARÉ

(RENATA VIVIEN)

CUANDO el Señor asome su rostro en mi agonía,
"Cristo, no te conozco" — le dirá la voz mía —

"Señor, no fué mi norma la estricta ley cristiana,
y he vivido lo mismo que una simple pagana.

"Su ingenuidad te muestra mi corazón desnudo;
mas él no te conoce ni conocerte pudo.

"Huí como la arena, como el agua he pasado;
si pequé, no me daba cuenta de mi pecado.

"El mundo era, a mis ojos, cual floresta divina.
Bebía el alba clara, la tarde cristalina.

"El sol me enardecía con su quemante ardor,
y a femeniles brazos me empujaba el amor.

"Un pabellón soberbio el cielo semejaba.
Apareció una virgen en mi umbral. Yo esperaba.

"Cayó la noche... ¡Oh día!, ¿por qué en infausta hora
con su luz mortecina trajistes a la aurora

"que la encontró en mi lecho? Ella durmió conmigo
como la amada duerme en brazos del amigo.

"Y desde aquel instante, mi ensueño se desvela
pidiendo eternidades al momento que vuela.

"No advertí de la amada la frialdad en los ojos
y la adoré, burlando tu ley y tus enojos.

"Pendientes de esos ojos, sólo su amor buscaron
los míos... Y las gentes de bien me lapidaron.

"Sólo su voz amaba, sólo su voz oía
y bien supe que nadie mi afán entendería.

"Pero llega la noche, y mi nombre y mi pena
se borran como cifra que se escribe en la arena.

"Serán los nuevos días engañosos y adversos;
nadie al caer la tarde recitará mis versos.

"Señor, mírame y júzgame... En la hora presente,
ante el silencio humano estamos frente a frente.

"El amor me ha brindado amargura y consuelo,
y no soy acreedora de infierno ni de cielo.

"No escuché la armonía celestial de tus santos
por ocupar mi oído en extranjeros cantos,

"esos cantos de Lesbos cuyos coros callaron.
Mis versos no tus glorias ni tu amor celebraron.

"Mas no lancé blasfemias en mi demencia loca;
el beso fué la única blasfemia de mi boca.

"Déjame en el silencio nocturno apetecido,
unirme con aquellas que no te han conocido.

"Safo preludiaría en su laúd un canto
de mi adorada virgen celebrando el encanto.

"Alba como los lirios al ver a mi doncella,
la juzgara más blanca que Attis y más bella.

"Nosotras las del coro, comprimido el aliento,
cual antes Mitilene, oiríamos su acento.

"Nuestras manos traerían las antorchas, las flores...
No pudimos amarla bajo tiempos mejores,

"cuando ágil escanciaba, entre oro y sederías
de los mullidos lechos, néctares de alegrías.

"¡Cuál celebrara ella en su claro cantar
aquel vergel lesbiano que se abre sobre el mar,

"vergel de las cigarras, do se escapa embriagante
el olor del racimo como un cármen vibrante.

"Flotaran nuestras túnicas entre los blancos velos
de Attis y de Timas, y de Eranna de Telos.

"Y aquellas cuyo nombre de solo oirlo encanta,
se agruparan en torno de la aeda que canta.

"Cristo, ya que no puedo conocerte y amarte,
en la ocasión suprema del morir voy a hablarte:

"Fuí sólo una pagana; perdóname, Señor,
y déjame que vuelva al antiguo esplendor;

"y pues que ya la hora de la muerte ha venido,
úname con aquellas que no te han conocido!..."

CANCION

(FRANCIS VIELE GRIFFIN)

En mis manos la lluvia he recogido
— cálida lluvia que parece llanto —
y la bebí cual filtro, prohibido
a causa de un encanto;
por que en mi sér tu sér quede dormido.

Cogí los trigos de la granja obscura
—trigo que finge granizada fina—
y lo sembré sobre la gleba, dura
a causa de la escarcha matutina;
por que puedas gustar la mies segura.

Hojas y hierbas he cogido ahora
—que hace ya mucho marchitó la suerte—
e hice una dulce llama, embriagadora
por su acre olor y por su savia fuerte;
a fin de que aguardes sin temor la aurora.

He cogido tu boca, tu melena
jocunda, el rosa que en tu faz ardía
e hice cuerdas de lira, una bravía
aurora, un rayo jubiloso... Suena
el día como un canto de colmena.

A QUÉ MI MELANCOLÍA?...

(MAURICE VAUCAIRE)

A qué mi melancolía
contarte, si has soportado
tristezas como la mía?
Mi presente es tu pasado.

Si entre lágrimas de fuego
te explico mi desencanto,
ya sé que tus ojos luego
volverán a verter llanto.

De mi vida dolorosa
¿a qué hablarte, si estoy cierto
de abrir una antigua fosa
en que aun agoniza el muerto?

Eres firme, corazón;
memoria, tú no envejeces,
y un compás basta a las veces
a recordar la canción.

¿A qué mi melancolía
contarte, si has soportado
tristezas como la mía?
Mi presente es tu pasado.

PIERROT

(PAUL VERLAINE)

Ya no es, como en la vieja canción, aquel rendido
amante de la luna que alegre se reía;
a un tiempo se apagaron su vela y su alegría,
y hoy vuelve exangüe y mustio como un aparecido.

Al fuego de un relámpago de súbito encendido,
su blusa, cual sudario, flota en la racha fría,
y su boca se abre de dolor, cual si impía
mordedura de larvas le arrancara un aullido.

Con el rumor que causa noctívago mochuelo,
sus mangas van volando y haciendo con su vuelo
señales que contesta el silencio profundo;

sus ojos son dos astros de luz fosforescente,
y enharinado mírase, más lívido y doliente,
su rostro de aguzada nariz de moribundo.

INDICE

Págs.

Charles Baudelaire
La giganta 3

Paul Fort
De "Baladas de la Cabaña" 4

Charles Guerin
Del borde del camino 5

J. M. de Heredia
El arrecife de coral 6

Francis Jammes
La jovencita enferma 7

Jéan Moréas
Habla una jovencita 9

Maurice Maeterlinck
Las siete hijas de Orlamunda 10
El infiel. 11

Ephraim Mikhael
Tristeza de septiembre 12

Fernand Mazade
Las palilias. 13

Mathieu de Noailles
Idos, dejadme a solas 15

Ernest Raynaud
El regreso 17

Maurice Rollinat
La biblioteca 18

Georges Rodenbach
El enfermo, a menudo 19

Henri de Régnier
Sobre la playa 21
La voz 22
El reposo 23
La esperanza suprema. 25

Albert Samain
La rana 26
Tarde 27

Págs.

Pannyra 28
El almuerzo preparado 29
Xanthis. 30

Fernand Sevérin
Pensador, la hermosura 31

Saint-Pol-Roux
Gólgota 32

Emile Verhaeren
El árbol 33
El barquero 37
El miedo 40

Renata Vivien
Así hablaré 41

Francis Vielé Griffin
Canción 44

Maurice Vaucaire
A qué mi melancolía? 45

Paul Verlaine
Pierrot 46

DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO PRIMERO

1.	ALMAFUERTE	Evangélicas
2.	RABINDRANATH TAGORE	Poemas
3.	JUAN B. JUSTO	Labor Periodística
4.	JUAN PEDRO CALOU	Breviario de los Tristes
5.	LAO - TSÉ	El Libro del Sendero y de la Línea Recta
6.	RUBÉN DARÍO	Cabezas
7.	OSCAR WILDE	Balada de la Cárcel de Reading
8.	LEOPOLDO LUGONES	Cuentos
9.	EDGAR POE	Las Campanas y otros poemas
10.	JOSÉ INGENIEROS	Psicología de la Curiosidad
11.	CLEMENTE ONELLI	Aguafuertes del Zoológico
12.	ANDRÉS TERZAGA	Líneas

AÑO SEGUNDO

13.	RAFAEL ALBERTO ARRIETA	Canciones y Poemas
14.	ALMAFUERTE	Amorosas
15.	E. HERRERO DUCLOUX	Del Diario de mi amigo
16.	JOSÉ ENRIQUE RODÓ	Parábolas
17.	M. MEDINA BETANCORT	Meditaciones
18.	RABINDRANATH TAGORE	Poemas
19.	MARIANA ALCOFORADO	Cartas Amatorias
20.	GIOVANNI PAPINI	La oración del buzo
21.	JOSÉ INGENIEROS	La intimidad sentimental
22.	FRAY MOCHO (José S. Alvarez)	Cuentos
23 - 24.	RAFAEL OBLIGADO	Santos Vega

AÑO TERCERO

25.	JUAN MONTALVO	Prosas
26.	GIOSUÉ CARDUCCI	Odas Bárbaras
27.	AGUSTÍN ALVAREZ	Ensayos y Anécdotas
28.	ANTON CHEKHOFF	Ojos con Sueño
29.	GOYCOECHEA MENÉNDEZ	Páginas Selectas
30.	ANATOLE FRANCE	Crainquebille
31.	FERNÁNDEZ MORENO	Antología (1915-1918)
32.	EDUARDO WILDE	Mar Afuera
33.	GABRIELE D'ANNUNZIO	Tierra Virgen
34 - 35.	FRANZ TOUSSAINT	El jardín de las caricias
36.	GUILLERMO VALENCIA	Poemas

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 114886317

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO CUARTO

37 - 38.	G. BERNARD SHAW	Vencidos (Comedia)
39.	EDMUNDO MONTAGNE	Poesías
40.	REMY DE GOURMONT	Algunas Páginas
41.	ANTIGUO TESTAMENTO	El cantar de los cantares
42 - 43	ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ	Jardines de Francia

Esta Administración ofrece algunas colecciones al precio de veinte pesos cada una.

Cuaderno de próxima publicación:

LOS MEJORES CUENTOS de Antonio Monteavaro.

SUSCRIPCIONES:

SEMESTRE $ 1.50 m|n. — AÑO $ 3.00 m|n.
Precio de este número: 40 cts.

Número atrasado: 0.40 centavos

Correspondencia: Apartado Postal 66 - Bs. As.